

Funciones de la indumentaria en la picaresca

JOSÉ IGNACIO BARRIO OLANO
James Madison University

Resulta aventurado añadir algo más sobre las funciones de la indumentaria en la picaresca después de las excelentes investigaciones de Encarnación Juárez Almendros sobre la importancia del vestido en las narrativas autobiográficas del Siglo de Oro y también de Carmen Bernís sobre la historia de la indumentaria española¹. Encarnación Juárez recoge los distintos postulados teóricos para el estudio de la indumentaria: la teoría de la imitación, por cuanto que con frecuencia el vestido es una de las maneras que adoptan las clases sociales inferiores para emular a las clases sociales superiores e incluso entrar en ellas; las *teorías semiológicas* que encuentran en el vestido un código de signos, como la aproximación estructuralista de Roland Barthes, que considera la ropa un sistema al que se podría aplicar una oposición similar a la de *lengua y habla* de Saussure, de manera que la ropa sería equiparable a la lengua y el vestido individualizado correspondería al habla; las *teorías psicoanalíticas* que estudian los desplazamientos del cuerpo a la ropa para recargarla de libido y de neurosis, de manera que la vestimenta sería un segundo cuerpo que resulta del cuerpo natural; finalmente las *teorías materialistas* que atienden al valor mercantil de la ropa y su uso como forma de pago o de regalo en la época pre-moderna. A continuación, Encarnación Juárez examina la importancia de la indumentaria en algunas novelas picarescas: *Lazarillo de Tormes* pertenece al colectivo social de los *despojados* cuyo único vestuario es la ropa desechada que reciben de sus superiores como recompensa a sus servicios o en todo caso, ropa de segunda mano desgastada por otros: de este tipo son sin duda las calzas viejas que recibe Lázaro del Arcipreste. *Guzmán de Alfarache* es portador de atuendos múltiples según los diversos episodios de la novela: viste de paje o de gentilhomme o de estudiante o de galeote conformando todo un ciclo de proteicas apariciones. Sin embargo, Encarnación Juárez encuentra que en Guzmán la vestimenta adquiere predominantemente un fuerte componente edípico por cuanto que representa para él sobre todo la construcción de su

1. Encarnación Juárez Almendros (2004, 2006). Carmen Bernís ha publicado varios estudios sobre la indumentaria española, entre ellos *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos* (Bernís, 1978) y *El traje y los tipos sociales en El Quijote* (Bernís, 2001).

masculinidad en relación con su búsqueda constante del modelo paterno. En el mundo grotesco del *Buscón*, los portentosos remiendos de la sastrería buscona acusan una visión de la corte como *centro de transformaciones*, al mismo tiempo que el desenmascaramiento de Pablos por Diego Coronel refleja la rigidez de una sociedad estamental que incluye a unos y excluye a otros, impidiendo el medro social de los *pícaros embustidores malnacidos*². Finalmente, para *La pícaro Justina* el vestido tiene una función erótica y exhibicionista según Encarnación Juárez, dentro de un entramado social que elimina a la mujer de la vida económica y política y la encarrila en resortes meramente visuales. Por otra parte, lo llamativo de sus prendas y aderezos aleja a la pícaro romera de la gravedad del estamento señorial y le confiere una imagen velada de prostituta.

Las funciones de la indumentaria en la picaresca que me gustaría señalar son tres: *instrumento de engaño* en sentido amplio; *moralización discursiva*, cuando el discurso del pícaro se centra en el tema del vestido, y *función satírica*, cuando la indumentaria sirve para satirizar determinados colectivos o determinados tipos sociales.

La *burla* en la picaresca es una tecnificación de la conducta que tiene como finalidad el engaño, sea malévolo como algunos de Guzmán o inocuo como los de Lazarillo. La burla picaresca, llámese *traza* –como más comúnmente se llama en la picaresca misma–, o arbitrio, cautela, industria o estratagema, tiene como premisas generales la inclinación de la razón hacia el empirismo y la movilidad social del individuo facilitada por la economía dineraria moderna³. Para perpetrar *estafas de honra*, el pícaro adopta todo un *ajuar de dones y apellidos* –por emplear una frase acuñada por Castillo Solórzano⁴–, dentro de un clima histórico obsesionado por la sociedad de castas y por la limpieza de sangre. Así, el bachiller Trapaza es sucesivamente don Hernando de Quiñones, don Fernando de Peralta y don Vasco de Mascareñas y por su parte, Pablos se convierte en don Álvaro de Córdoba, en don Ramiro de Guzmán y en don Felipe Tristán. El bautizo de nuevos nombres para *pasar plaza de noble* trae aparejada la *imitación* de la vestimenta suntuaria señorial. Cuando Guzmán, de camino a Italia, pasa por Toledo, ve a un gentilhomme muy bien vestido que le deja envidioso. Compra un rico vestido, se hace con un paje y anda haciendo pavonadas por la villa, según él, «en buena estofa y figura de hijo de algún hombre principal»⁵. Es un episodio similar al del *Buscón* cuando Pablos adopta la personalidad de don Felipe Tristán (Libro III, cap. 7). De igual modo, Alonso *mozo de muchos amos*, en Zaragoza, queriendo casarse con una rica viuda, se hace pasar por un distinguido caballero:

[...] como iba tan bien puesto y mi cadena de oro al cuello, teníanme todos por más de lo que era, y pasaba plaza de algún caballero de los nobles de Zaragoza; porque, señor licenciado, no sé qué tiene esto de andar uno en buen hábito, y más en lugar donde no es conocido, porque de ordinario le juzgan conforme viste; y así, yo procuraba, mientras podía, andar á lo bizarro, presumir en galas⁶[...]

Las pícaras no se quedan a la zaga: Teresa de Manzanares es doña Feliciano de Mendoza y Guzmán y después doña Laura de Cisneros; Rufina Trapaza es Teodora y doña Eme-

2. Tal es la frase que tiene que escuchar Pablos cuando es desenmascarado por don Diego Coronel (*Buscón*, Libro Tercero, Cap. VII, p. 271).

3. Maravall estudió ampliamente las premisas sociales de la picaresca en *El mundo social de «La Celestina»*, (Maravall, 1986) y en *La literatura picaresca desde la historia social: siglos XVI y XVII* (Maravall, 1987).

4. En *Las harpías en Madrid*, p. 51.

5. *Guzmán de Alfarache*, Primera Parte, II, 8, p. 343.

6. *Alonso, mozo de muchos amos*, Segunda Parte, cap. 3, p. 577.

renciana de Meneses y las *harpías en Madrid*, más de lo mismo. La madre de Teresa de Manzanares, Catalina o Catuxa, tenía una clara conciencia de la importancia del vestido para el medro social. Cuando entra a servir a un mesón, se provee de buenos vestidos antes de empezar a trabajar:

Llegó el día de la Ascensión, que tenía diputado Catalina para salir vestida de nuevo; hizo por la mañana las haciendas de casa, y para asistirles a los huéspedes a la comida púsose de gala, dando admiración a su ama, más envidia a Aldonza y gusto a los huéspedes, porque con la buena cara que tenía y los vestidos tan ajustados a su cuerpo, parecía que toda su vida había andado en aquel hábito: tal despejo mostraba en él. Era apacible la gallega, graciosa en su lenguaje y de no mal natural; de suerte que con esto, dentro de pocos días, ya no cabía la casa de huéspedes⁷.

Junto a las estafas de honra, el uso de la indumentaria como puro *embeleco* es otra forma de la traza picaresca. Pertenecen a este tipo de burla las maravillosas transformaciones de la ropa del colegio de buscones, que reflejan la idea de la *permutabilidad de las cosas* que predomina en la novela, según observó Leo Spitzer⁸. Así, en el *Buscón* se cambia bruscamente de lo lúgubre a lo alegre y de lo sublime a lo trivial y al revés. Unas cosas se transforman en otras, de igual modo que sus protagonistas, dentro de un clima literario grotesco marcado por el uso constante de la hipérbole y la antítesis. En general, el *disfraz* del pícaro para escaparse, engañar o pasar desapercibido, es un recurso habitual: *La ingeniosa Elena* y su compinche Montúfar se visten de peregrinos para huir de Madrid y luego se disfrazan de santones en Sevilla para estafar a las buenas gentes. En la *Segunda Parte del Lazarillo*, de Juan de Luna, Lázaro se disfraza también de peregrino para salir de Salamanca, y Estebanillo González adopta varios atuendos: de peregrino, de doctor y de polaco entre otros. En su búsqueda de recursos de la indumentaria, el pícaro llega al *travestismo*: En un episodio del *Bachiller Trapaza*, éste convence al joven Lorenzo de Pernia para que se haga pasar por la famosa Monja Alférez, lo que realizado en distintas poblaciones les reporta más de 1.600 reales. Guzmán de Alfarache intenta fugarse de las galeras vestido de mujer, pero no lo consigue. Más suerte tiene Crispín, el falso ermitaño de *La garduña de Sevilla*, que logra escaparse de la justicia y de la horca disfrazado de mujer. Igual o peor malparados salen los pícaros a los que se les viste o disfraza de *animal*: En la *Segunda Parte de Lazarillo* de Juan de Luna, los pescadores que rescatan a Lázaro del mar, lo disfrazan de monstruo marino y los exhiben por los pueblos para sacar dinero. Estebanillo González, estando en Flandes, es castigado por el príncipe Tomás, por haberle desobedecido durante una cacería, a llevar adosada una cornamenta de ciervo con cascabeles, lo que no parece incordiar mucho a Estebanillo, habida cuenta la permanente afición a la extravagancia de Monsieur de la Alegría, apodo que le ponen en el ejército francés, por ser, cómo él mismo dice, «alegre de cascos»⁹.

El *latrocinio de ropa* es otra variante de la burla picaresca aplicada a la indumentaria. Si en *Lazarillo de Tormes*, el incauto Lázaro se aproxima al escudero de Toledo viendo su

7. *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, en *La novela picaresca española*, ed. Ángel Valbuena Prat, p. 1337.

8. «Sobre el arte de Quevedo en el *Buscón*», en *Francisco de Quevedo*, ed. Gonzalo Sobejano, Madrid, Taurus, 1978, pp. 123-184.

9. *Estebanillo González*, I, cap. V, p. 255.

razonable vestido, Juan de Luna se encarga de que se cambien las tornas en su Segunda Parte apócrifa. Al comienzo de esta Segunda Parte, Lázaro se vuelve a encontrar con el escudero al cabo de los años, y es el escudero, que esta vez lleva una vestimenta mucho menos razonable, quien le roba la ropa a Lázaro. Es probable que ello sea una réplica del robo de los baúles de Guzmán en la *Segunda Parte* de Alemán. El propio Guzmán no es ajeno a este tipo de latrocinio: Cuando en la *Segunda Parte* llega a Nápoles, se dedica a la ratería, especialmente de prendas de vestir.

No había clavo en pared que no contásemos o quitásemos: nada tenía seguridad... Ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, dijes de niños. Cuando más no podía, con las tijeras, que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruelo que me parecía y del más pintado gentilhombre le sacaba por detrás o por un lado, si acaso con el aprieto se le caía, para tres o cuatro pares de soletas. Y lo que yo desto más gustaba era verlos ir después hechos un retrato de San Martín, con media capa menos, dándole vueltas y haciendo gente. Y así se iban corridos, viendo cortadas las faldas por vergonzoso lugar. Cuando esto no bastaba, nos llegábamos a las coladuras de seda o tela de oro, que nunca reparábamos en hacerles cortesía más a esto que a esotro (1987: II, 216).

Alonso mozo de muchos amos, siempre más discreto, le quita la ropa a un muerto y se la pone. Esta es una de las picardías más sonadas que hace el buenazo de Alonso, junto con el robo de unas morcillas y su matrimonio con la viuda de Zaragoza mientras decía «no había cosa que más aborreciese que casarme» (Alcalá 2005: 582)

En la estafa segunda de *Las harpías en Madrid*, Luisa aprovecha que va a actuar en la representación privada de una comedia en la quinta del genovés César Antonio para escaparse con sus compinches con todas las ropas y joyas que éste le había proporcionado para la representación:

Dos días antes del concertado llevó el amante genovés a su dama un vestido de mujer de tabí azul y plata, muy guarnecido de pasamanos y alamares que había mandado hacer para ella, y otro de raso negro bordado de oro de cañutillo para vestirse de hombre, para los cuales le habían tomado la medida... junto con esto le llevó ricas joyas de botones, cintillo, cadena y rosa del sombrero, todo con diamantes... Teodora, sus hijas, Bañuelos y Mogrobejo se pusieron en su coche y, en vez de salir por la calle de Alcalá a la prevenida fiesta, con las galas y las joyas del genovés acudieron a la custodia dellas y a ponerse a salvo en una casilla de los barrios de Santa Bárbara (Castillo Solórzano 1985: 127-128).

El *sermón sartorial* aparece siempre en boca del *pícaro hablador*, según la frase acuñada por Gonzalo Sobejano¹⁰, especialmente por parte de los guzmanes y de Alonso, los máximos soteriólogos de la picaresca junto con Marcos de Obregón de Vicente Espinel. Es un discurso paralelo al del arbitrista Fernández Navarrete, quien, en *Conservación de Monarquías* (1626), según Encarnación Juárez (2006: 23), «se queja del abuso extraordinario de joyas, profusión en los edificios y muebles y sobre todo de la gran mutabilidad de las modas en los vestidos, *no habiendo en los españoles trage fijo, que dure un año*». Las referencias al vestido son abundantes en las moralizaciones discursivas de *Guzmán de Alfarache*:

10. Sobejano (1975).

Los vestidos y trajes de España no se escapan [*al paso del tiempo*], que, inventando cada día novedades, todos ahílan tras ellas como cabras. Ninguno queda que no los estrene; y aquello no parece bien que hoy el uso no admite, no obstante que se usó y tuvo por bueno (1987: I, 429).

O por poner otro ejemplo:

Si fueres un Cicerón, mal vestido serás mal Cicerón; menospreciarante y aun juzgarante loco. Que no hay otra cordura ni otra ciencia en el mundo, sino mucho tener y más tener; lo que aquesto no fuere, no corre (1987: II, 270).

En la prosa sermonaria de la *Segunda Parte* apócrifa de Mateo Luján, Guzmán glosa, dentro de todo un catálogo de pecados, el perjuicio que contra la castidad hacen los vestidos ricos:

Particularmente los españoles solemos ser muy amigos de vestidos y ropas;... Y hombres y mujeres por este vicio suelen dar al través en la castidad; que con los vestidos ricos y curiosos suele hacer el demonio guerra a esta virtud. Este es el fruto del ornato exterior y aderezo delicado, que es echar leña al fuego de la concupiscencia (Valbuena Prat 1962: 593).

La suya es una visión providencialista que encuentra por doquier el *fomes* o inclinación al mal que sufre el hombre por la corrupción de su naturaleza. En otro episodio, cuando decide estudiar en la Universidad de Alcalá, tanto estudiantes como profesores tienen palabras zahirientes para él debido a su aspecto zarrapastroso, ante lo cual Guzmán lanza una larga *suasoria* que les desarma:

No hay que maravillarse de sola la falta de vestido, pues pueden vuestas mercedes ver luego en mí si tengo suficiencia para lo que pretendo, que es oír Artes... los que profesan amor de ciencia no habían de reparar en vestidos: *quia corporis habitum contemnit philosophus*, y las virtudes son las verdaderas ropas que honran y componen, y no este ornato exterior... Y Orígenes dijo: *Ornamentum tibi est unaquoque virtus*. Porque, a la verdad, las vestiduras sólo sirven para cubrir la vergonzosa desnudez del hombre... y es ordinario, que en viendo a un hombre bien vestido, le estimamos por otro del que es... y estoy aparejado para que vuestas mercedes me examinen y juzguen por las razones verdaderas, y no por presunciones engañosas (Valbuena Prat 1962: 623).

Por su parte, Alonso, el *donado hablador*, presta una atención especial a la indumentaria. Cuando se casa con la viuda rica, ésta quiere que Alonso se vista con la ropa de su difunto marido, completamente pasada de moda, ante lo cual Alonso se rebela:

Procuraba yo meterla en camino, era como predicar en desierto, diciéndola: Advertid, señora, que ya se pasó el tiempo del conde don Peranzules, y que nuestra España de cada día usa nuevos trajes, no bastando premáticas y provisiones para remediar tan innumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no más de como le pasó por la cabeza, imitándole todos como a verdadero restaurador de las galas, y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el francés, el flamenco, el inglés, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nación, de una misma forma de vestido, sin haber mudado ni el uno ni

el otro el turbante, y sólo el español es variable, no habiendo camaleón que así mude de colores como él de trajes y diversas hechuras... (Alcalá 2005: 595-596).

La *función satírica* o paródica del episodio titulado *De los trajes de montañeses y coritos* de *La pícara Justina* fue identificada por Marcel Bataillon y podría decirse que este número representa un auténtico epítome de la intención de la novela¹¹. Se trata de una burla que el cristiano nuevo López de Úbeda hace a otros cristianos nuevos a los que llama por antífrasis *asturianos*, los cuales han conseguido artificiosamente honores de hidalguía. Justina, la pícara romera, se topa con unos campesinos asturianos y los describe de esta manera:

Los que iban, iban sin sombreros y casi desnudos; los que venían, traían dos sombreros y mucho paño enrollado; de manera que imaginé si acaso iban a la Isla de los Sombreros y allí los segaban con aquella guadañas. En lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas; y de los sombreros tuve curiosidad (Valbuena Prat 1962: 845).

Bataillon nos explica que las tres islas que se mencionan en el texto son representaciones de la Corte: La Isla de los Sombreros se relaciona con la venalidad de los títulos de nobleza y con el hecho de que los *grandes* podían cubrirse delante del rey; la Isla de los Paños simboliza los hábitos de las Órdenes Militares (Santiago, Calatrava y Alcántara) cuya posesión era garantía de hidalguía y la Isla del Cuerno se refiere a la pérdida del honor conyugal que traía eventualmente aparejada la consecución de privilegios nobiliarios. Esta sociedad obsesionada por la pureza de sangre y por las pruebas genealógicas es la que produce también *El Buscón*, obra que, según observó Agustín Redondo, denuncia dos modalidades del intento de ascenso a la nobleza por los conversos, representadas por Pablos y por Diego Coronel, respectivamente. Pablos, siendo pícaro, intenta encumbrarse a la nobleza mediante estafas de honra, mientras que Coronel representa a la aristocracia de origen converso que ha conseguido incorporarse a la nobleza mediante la compra de títulos nobiliarios¹². Creo que todo el episodio de don Toribio y el colegio de buscones es susceptible de ser leído con una *función paródica* en este sentido, ya que todos intentan aparentar lo que en realidad no son.

Junto con la parodia social, *El Buscón* prodiga la parodia de determinados tipos a través de su indumentaria. Recordemos la descripción del Dómine Cabra:

Traía un bonete los días de sol ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul (Quevedo 2000: 117).

O la del poeta chirle:

[...] traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias que para enterrarle no era menester más de estregársela encima. El manteo, se podían estercolar con él dos heredades (Quevedo 2000: 186-187).

11. Bataillon (1982).

12. Redondo (1977).

Engaño, sermón y parodia son, por tanto, tres funciones importantes de la indumentaria en la picaresca. Como *engaño*, sirve al pícaro para el ejercicio de sus trazas, como *sermón* lo relaciona con una altura de miras de la que nunca se desmarca y como *parodia* lo retrata en el trasfondo social de castizos y arribistas en el que vive inmerso.

Bibliografía

- ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA, J. de (2005): *Alonso, mozo de muchos amos*, ed. Miguel Donoso Rodríguez, Madrid: Iberoamericana.
- ALEMÁN, M. (1987): *Guzmán de Alfarache*, ed. José María Micó, Madrid: Cátedra.
- ALMENDROS, J. (2004, 2006): «El papel de las ropas en las autobiografías de soldados del Siglo de Oro.» *Memoria de la palabra: Actas del VI Congreso*, ed. María Luisa Lobato y Francisco Domínguez Matito, Madrid: Iberoamericana, pp. 1109-19.
- BATAILLON, M. (1982): *Pícaros y picaresca. La pícaro Justina*, Madrid: Taurus.
- (1982): «Los asturianos de La Pícaro Justina», en *Pícaros y picaresca. La pícaro Justina*, Madrid: Taurus, pp. 127-144.
- BERNÍS, C. (1978): *Trajes y modas en la España de los Reyes Católicos*, Madrid: Instituto Diego Velázquez del CSIC
- (2001): *El traje y los tipos sociales en El Quijote*, Madrid: Ediciones El Viso.
- CARREIRA, A. y CID, A. eds. (1990): *La vida y hechos de Estebanillo González*, Madrid: Cátedra.
- CASTILLO SOLÓRZANO, A. de (1985): *Las harpías en Madrid*, ed. Pablo Jauralde, Madrid: Castalia.
- (1986): *Aventuras del Bachiller Trapaza*, ed. Jacques Joset, Madrid: Cátedra.
- JUÁREZ ALMENDROS, E. (2004): “El papel de las ropas en las autobiografías de soldados del Siglo de Oro”, en *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Silgo de Oroo, II*, eds. María Luisa Lobato y Francisco Domínguez Matito, Madrid, Iberoamericana, pp. 1109-19.
- (2006): *El cuerpo vestido y la construcción de la identidad en las narrativas autobiográficas del Siglo de Oro*, Woodbridge, Suffolk, UK: Tamesis.
- MARAVALL, J.A. (1986): *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid: Gredos.
- (1987): *La literatura picaresca desde la historia social: siglos XVI y XVII*, Madrid: Taurus.
- PIÑERO, P. M., ed. (1988): *Segunda Parte del Lazarillo (Anónimo y Juan de Luna)*, Madrid: Cátedra.
- QUEVEDO, Fco. de (2000): *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid: Cátedra.
- REDONDO, A. (1977): «Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación de *El Buscón*», *Actas del quinto congreso internacional de hispanistas*, Bordeaux: Université de Bordeaux III, II, pp. 699-711.
- RICO, Fco, ed. (1990): *Lazarillo de Tormes*, Madrid: Cátedra,
- SOBEJANO, G. (1975): «Un perfil de la picaresca: El pícaro hablador», en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, ed. Damaso Alonso, Madrid: Gredos, pp. 467-85.
- VALBUENA PRAT, A., ed. (1962): *La novela picaresca española*, Madrid: Aguilar.